

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LAS HUMANIDADES

David Mejía Velilla

Summary: The higher education has neglected the teaching of humanities because it has considered that the useful thing is the discussion of the education. The real sense of the University, of the highest education, is in Humanities, which allow the university student to acquire the virtue and pleasure of studying, reading, talking, writing, teaching and doing. Going back to Humanities is loving the intellectual life and dedicating hours to study and acquire practical wisdom up to its supreme level, without which the spiritual life would be unconceivable. For that reason, it is necessary to listen to the great masters' conversation order to learn with them the art of talking together.

Key Words: Love to wisdom, culture, education, humanities, freedom, order, prudence, know, university, truth.

Résumé: On a supprimé les sciences humaines de l'enseignement de l'éducation supérieure parce qu'on a considéré que seul l'utile était la mesure de l'éducation. Le vrai sens de l'Université, de l'éducation pour le supérieur, se trouve dans les sciences humaines qui permettent à l'universitaire d'acquérir la disposition et le plaisir d'étudier, de lire, de dialoguer, d'écrire, d'enseigner et de jouer un rôle. Revenir aux sciences humaines signifie aimer la vie intellectuelle et consacrer des heures à l'étude et à l'acquisition de la sagesse pratique au degré suprême, sans laquelle la vie de l'esprit serait inconcevable. C'est pourquoi, il est nécessaire d'écouter la conversation des grands maîtres, apprendre d'eux l'art du dialogue.

Les mots clés: Amour à la sagesse, culture, éducation, sciences humaines, liberté, ordre, prudence, savoir, université, vérité.

INTRODUCCIÓN

En nuestro ambiente académico son verdades de Perogrullo que la universidad surgió en la historia de Occidente para albergar e impartir la educación superior, pero que la educación superior –la educación para lo superior–, no sólo es anterior, por lo mismo, a la universidad, sino que también puede subsistir, y de hecho subsiste, fuera de la universidad. En la antigüedad ya existían las escuelas para la educación en lo superior, como fueron el Liceo de Aristóteles, la Academia de Platón, las academias de Bizancio, y las escuelas palatinas de la Edad Media; y las variadísimas de otras culturas anteriores o posteriores a la Era Cristiana, pero de todos modos anteriores también, muchas, a la era de la universidad. La educación para lo superior –o la educación superior–, tiene y tendrá siempre tanto que ver con el maestro, puesto que es el hombre el verdadero sujeto de la vida intelectual y del acto sagrado de impartir la enseñanza. La educación para lo superior está en el hábito y ejercicio del estudio, que se compone de los hábitos y ejercicios de la lectura de los Clásicos, de la reflexión, del ardiente coloquio intelectual, al modo que sucedía, por ejemplo, en la prisión donde Sócrates, en medio de sus discípulos, aguardaba el momento de tomar la cicuta.

LA SOCIEDAD UNIVERSITARIA DE CONSUMO

Pero en nuestros tiempos de consumo, la sociedad universitaria de consumo parece ha-

ber desplazado de la institución universitaria, esa sustancia de la educación superior, por aquello que escribía Gilson acerca de que «hoy por hoy, el conocimiento se vende en grandes temas por departamentos llamados colegios universitarios o universidades, donde los estudiantes pueden comprar, según lo anunciado, el tipo de conocimiento que se acomoda a su gusto o que satisface sus necesidades».

Ya no es nuestro problema sólo ni siquiera seguir preguntándonos si las ciencias empíricas, y todo el conjunto de las artes técnicas, tienen cabida en la institución universitaria. El asunto que nos inquieta, a quienes amamos con la propia vida el oficio universitario, es advertir que la enseñanza de las Humanidades ha quedado relegada o proscrita en tantos espacios de la universidad actual. Y, sin embargo, no ha sido ése un propósito, ciertamente, de alguien empeñado en lograrlo. Hemos llegado a ese estado de cosas al parecer insensiblemente, porque la escuela axiológica de los objetos del conocimiento fue alterada también insensiblemente, con la inmediata consecuencia de haberse alterado tal vez, al mismo tiempo, los mismos sujetos del conocimiento. Tal vez fueron la filosofía y el Derecho las disciplinas fundadoras de la universidad, a las que se juntó la Medicina, como una reflexión y una exploración profunda sobre la corporeidad humana y sus manifestaciones vitales. Se alzaba la filosofía, entonces, como aquella manera de *amor a la sabiduría*, que el gran geómetra y matemático de Samos había ponderado a sus alumnos. Y con la filosofía, vimos exponer en la universidad todas las ciencias profundas del hombre y de la sociedad al frente de las cuales estuvo siempre el estudio

de Dios y de la trascendencia. Y fueron las obras del ingenio el material sobre el cual versó siempre la exposición del maestro, inseparable de su propia observación de la naturaleza y de la vida.

Por eso oímos tantas veces decir que la universidad no era otra cosa que una formidable biblioteca donde estudiaban y meditaban alumnos y profesores y donde los verdaderos maestros no eran otros, y lo eran siempre, que los clásicos que nos legaron las obras de su ingenio y esas otras obras literarias de autores anónimos, legado de innumerables generaciones.

Pero también el consumismo contemporáneo arruinó aquella herencia de la cultura literaria universal, pretendiendo establecer como sustituto una sociedad literaria de consumo, o de consumo literario, lo que se manifiesta mediante la oferta de los *best-sellers*, y ofrece sus productos en esas vitrinas de la prensa que señalan *los libros más vendidos* del mes, o de la semana, o del año.

EL REGRESO A LAS HUMANIDADES

La crisis en la enseñanza de las Humanidades, como apenas era natural, se presentó no sólo en la universidad, pues la verdad es que afectó desde sus raíces los medios sociales educativos, en la primaria. En nuestra estructura moderna, siempre fue la enseñanza primaria una preparación a la secundaria, y la enseñanza superior se vio como una cierta coronación de la vida intelectual. No eran las necesidades del estudiante, –ni mucho menos–, la medida que se señalaba al educador: el maestro ayudaba a que se desarrollaran la apetencia y el amor del conocimiento en su alumno, y no decía «basta» jamás. La enseñanza de las Humanidades lograba establecer, por lo menos, los rudimentos de una vida verdaderamente intelectual en el alumno. Profundizar más en ella, robustecer-

la y vigorizarla corría, entonces, por cuenta del alumno, en un programa que abarcaba su vida entera. Lo que hemos llamado tantas veces la virtud y el placer de estudiar, y de leer, y de conversar, y de escribir, y de enseñar, y de obrar, todo eso se entrañaba en el ideal señalado por las Humanidades. En la ciencia histórica, por ejemplo, se aprendía a conocer el mundo, y se determinaban las relaciones geográficas de las sociedades: y se advertía la parábola misma del hombre, en relación con el arte, con la ciencia, con la política, con la religión. Y otro tanto recordamos que era el gusto de estudiar literatura, o lenguas clásicas, o la propia lengua materna. Y ni qué decir de las ciencias políticas y filosóficas y de la ciencia teológica.

Pero nuestra sociedad colombiana –pienso yo– empieza a ver con gusto, de nuevo, el renacer del interés universitario por los estudios humanísticos. Esas proporciones que la Reforma Universitaria (Ley 80 del 80) estableció para el estudio de las Humanidades en los programas de pregrado tendrá por fuerza que aparecer encarnada en los planes universitarios, en los currículos, en la transformación de nuestra incuria en docta ignorancia. Tendrá que tomar conciencia el gobierno de que en este punto la educación reclama una verdadera cruzada, que comience por establecer el estudio rutinario de las Humanidades en los planes del Ministerio de Educación para las escuelas primarias y secundarias. Y de que el mismo Estado colombiano tendrá que contribuir, en su mayor parte, a la empresa de dotar de bibliotecas básicas de autores clásicos a todas las escuelas de Colombia.

Sin embargo, pienso que el regreso al estudio de las Humanidades es, sobre todo, tarea de las universidades privadas y públicas, en sus institutos y en sus Departamentos dedicados a esas disciplinas. Pero el amor a la sabiduría debe ser –pienso yo– el fruto sabroso de las horas dedicadas a nuestro empeño: no la erudición, ni mucho menos la ciencia utilitaria. Decía

Gilson que incluso el gusto del estudiante no necesariamente traducían una inclinación ferviente suya hacia la sabiduría. Y recordaba una universidad donde los estudiantes tenían que «escoger» entre filosofía y matemáticas, y se sorprendía de ver «para cuántos de ellos el temor, de las matemáticas era el comienzo de la sabiduría. Habiendo asistido a no se cuántos exámenes de filosofía, en los cuales los estudiantes contestaban con toda propiedad que filosofía era el amor a la sabiduría, no recuerdo haber oído a ningún examinador preguntarle a algún candidato: bueno, ¿y usted ama la sabiduría? [...] ésa era precisamente la primera pregunta que Sócrates habría hecho a todo nuevo discípulo que le trajeran ¿amas la sabiduría? Si el joven hubiera respondido, por ejemplo: no estoy seguro pero tengo curiosidad de saberlo, Sócrates le habría aconsejado buscarse uno de esos agudos sofistas que dicen todo sobre la filosofía sin ser ellos mismos filósofos».

Es como si dijéramos, en otras palabras, que volver a las Humanidades es volver a vivir, con esa verdadera vida, la única a la postre en este mundo, y la que constituye una preparación magnífica para la del otro mundo: la vida intelectual.

EL SABER FILOSÓFICO

Necesaria e inadvertidamente, la filosofía resultó del inevitable curso del pensamiento humano. Y mostró, desde el principio, la condición tan especial de clamar por ser dicha y por ser difundida, por ser enseñada y por ser defendida. Parafraseando lo que ella misma decía del *bien*, podría decirse que la filosofía resultó ser de suyo *difusiva*, como éste, desde luego, fundamentalmente, por ser ella misma uno de los mayores bienes y tesoros del hombre.

Y pareció venir al hombre, o vino de verdad, más bien, con la inteligencia de la filosofía

y con la obra filosófica, otro gran cúmulo de saberes valiosos, desprendidos de ella y encontrados junto a ella y con ocasión de ella.

Repasando la crónica de los presocráticos, no otra cosa se advierte sino que con la cosmología y con la física de Tales y de los demás milesios, con la metafísica de Heráclito y de Parménides, con la matemática de Pitágoras, nos vinieron –vinieron a la inteligencia y a la vida del hombre–, la música, la gramática, la teoría del canto, la pedagogía y la oratoria, la crítica, la política y la historia; y una profunda aunque vacilante y embrionaria teología natural. Pero esa cosecha del buen saber había advenido, sin embargo, desde mucho antes y a muchas otras partes, antes que se produjera el milagro griego. Y es que las ciencias de la naturaleza, por decirlo así, estaban como dormidas o como ocultas precisamente en la naturaleza, como esperando a que el hombre las inventara, despertándolas o rescatándolas.

LA MORAL Y LA CONTEMPLACIÓN

Con la filosofía moral socrática nos fue dada, al mismo tiempo, una ciencia pedagógica, con su respectivo arte: a la verdad, la más soberana ciencia pedagógica. Y con la contemplación platónica se nos dieron al tiempo la ciencia y el arte de la república, del gobierno y de la política, como con el genio investigativo aristotélico nos vinieron después la lógica, la retórica, la ética y de nuevo la política, y una hermosísima poética. Pero otra vez aquí diremos que todo ese bagaje había llegado al mundo desde el principio, con la naturaleza y con el hombre, y de algún modo estuvo siempre en el mundo desde el primer día de la creación.

Y fueron, de la mano con los filósofos, otros prudentes que agregaron a todo eso la geometría y la iniciación a la medicina, los rudimen-

tos de la química y los de las ciencias y las artes y los estilos de construir ciudades y de modelarlas, de merecer monumentos y de alzarlos, de trazar caminos en el mar y en la tierra y de emprenderlos, de contemplar los astros y de tratar de descifrarlos, de conservar la cultura y la memoria de los hombres y de los pueblos, proponiéndose juntamente los idiomas y los métodos que hicieron posible entregar esos legados generacionales, aun a costa de sufrir los tremendos castigos reservados en todos los tiempos a los prometeos de toda índole y condición.

LA LUCHA CONTRA LAS TINIEBLAS

En la noble búsqueda de la verdad, las instituciones de enseñanza superior, como antes y desde siempre los hombres singularmente considerados, debieron enfrentarse inveteradamente a obstáculos de todo género, entre los cuales no fueron los menores el esoterismo de quienes detentaban la cultura y el hermetismo de quienes trabajaban por jamás perder esa detentación.

Desde sus orígenes, se manifestó la alianza entre las conquistas de la inteligencia y la destreza, y los imperativos pedagógicos de su difusión y perfeccionamiento, con la plena libertad humana. Y fue el saber quien conquistó la libertad. Y fue la libertad quien llenó de gozo al mundo, pues se llenó de luz y se difundió por todas partes, y dijo sus cantos no sólo en los jardines de Atenas, donde laboraban los filósofos, ni sólo en la alegría de las competencias de Olimpia, sino que por doquier hubo hombres con oídos abiertos.

Pero la parte oscura del hombre conspiró siempre contra esos aliados, según nos lo testimonian constantemente la historia del conocimiento y la de la cultura y la de las civilizaciones, y según lo registran comúnmente las humanas crónicas de las conquistas de la moral y

del derecho, de la verdad y de la belleza, de amor y del servicio.

Los tiranos de todos los tiempos y de todas las actividades humanas, arremetieron siempre contra la libertad con que los sabios y los prudentes proclamaban la verdad, y arremetieron contra la verdad misma; e impidieron, cuanto pudieron, que hubiese discípulos que recibirían el don de los frutos de aquellas inteligencias pedagógicas; y tuvieron siempre por sumamente perjudiciales y peligrosas las fuerzas del amor y de la inteligencia, que se suscitaban al impulso de la enseñanza y de la difusión de las Humanidades.

Aquellos detentadores de la cultura llegaron a temer a la institución misma de educación superior. Y por desgracia, las escuelas no siempre se mantuvieron constantes en la defensa de su libertad y de sus fueros, por lo que hubo de reclamar contra ellas muchas veces. Por eso decía don Andrés Bello que la universidad no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales si el cultivo de las ciencias y de las letras se pudiese mirar «como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político» (Discurso inaugural de la Universidad de Chile).

PRUDENCIA Y CONTEMPLACIÓN

No separa Bello la moral de la religión y considera que es la moral la vida misma de la sociedad. ¡Cuán actuales nos resultan sus palabras, como amonestación que nos previene sabiamente, antes de dar una mirada crítica a la sociedad y a la realidad de nuestros días! Y para Bello, es la libertad *el estímulo que da vigor sano a una actividad fecunda a las instituciones sociales*. De allí que concluya que *lo que enturbie la pureza de la moral, que lo que trabe... el libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la hu-*

manidad, que lo que las ejercite infructuosamente no debe ser incorporado, ni a la vida humana ni a la institucional.

Es, pues, en ese juego de las fuerzas de la inteligencia y de la voluntad, del amor y del esfuerzo, donde con propiedad debe advertirse el campo de las humanidades, que van por propio impulso a conseguir aquello que Guyau llamaba la vocación universal del hombre. Y por eso, en su enseñanza, jamás debemos separar la prudencia de la contemplación, como tampoco del arte, pues ni en la vida moral, ni en la intelectual, se encuentran separados por la naturaleza. Y esa enseñanza debe poder conducir al hombre también a la realización del *bonus*, en el *agere* y en el *facere*. Así se entiende lo que enseñaba José Enrique Rodó: que la atención que concentra el alma del sabio en el pensamiento de su obra es también una formidable fuerza de amor; y sólo esta poderosa energía sería bastante para poder estimular con eficacia semejante tensión del espíritu en un sentido duradero y único. El gran escritor uruguayo, maestro de la juventud americana, se había preguntado con sorpresa, o quizás con dolor, si hay algo que en el concepto del vulgo aparezca más distante de cualquier transfigurado encantamiento íntimo que la reflexión del sabio. Y sobre esa reflexión del sabio, anotaba que nos la figuramos comúnmente fría, tediosa y limitada a la esfera impersonal de la inteligencia, sin relación con el fondo orgánico y sensitivo de la personalidad. Rodó se aparta aun de la apariencia de un saber descarnado, de una sabiduría tal vez deshumanizada.

TODAS LAS VERDADES SE TOCAN

Esa formidable fuerza del amor expresa bien la íntima unión de las fuerzas del hombre, intelectuales y volitivas, morales y creativas. Por eso, Andrés Bello enseñaba *que todas las verdades se tocan*. En su discurso al Claustro Univer-

sitario de Santiago, así lo expone, mostrando cómo concurrían, a la misma unidad del saber, las verdades «que formulan el rumbo de los mundos en el piélagos del espacio», las que determinan «las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia», las que resumen «la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos», y no sólo éstas sino también «las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia», las que expresan «las acciones y reacciones de las fuerzas políticas» y, por último, «las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales» y «las que dirigen y fecundan las artes». Porque el saber es, más que un entramado, una teoría única, en la que las humanidades juegan su papel sustancial, porque son precisamente sustancia última de todo conocimiento, en tanto que conocimiento: «Todas las verdades se tocan –nos dice el maestro de América–, y yo extendiendo esta aserción al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquella y éstas. Yo creo, por el contrario, que existe, que no puede menos de existir, una alianza estrecha, entre la revelación positiva y esa otra revelación universal que habla a todos los hombres en el libro de la Naturaleza».

SOBRE LA VIRTUD DE LA PRUDENCIA

Las disciplinas humanísticas congregaron a los primeros miembros de la institución universitaria, como habían dado origen muchos siglos antes a las formas colectivas y comunes de enseñanza superior, de educación superior, al modo de las griegas, de las romanas, de las bizantinas, de las palatinas de la alta Edad Media: al modo de las que difundieron el helenismo y, posteriormente, el cristianismo. En nues-

tros tiempos, sin embargo, es innegable que cierto decaimiento se percibe en el afán de hacerlas alma de toda disciplina universitaria.

Esta flaqueza en la formación humanística es tanto más grave cuanto que comporta al mismo tiempo el debilitamiento de lo que podríamos llamar el hábito de la prudencia, finalidad de todo anhelo humano profundo en la vida intelectual.

Hay que volver, con todas las fuerzas, a emplearse a fondo en la adquisición de aquellas virtudes que constituyen, al decir de Maritain, la virtud moral por excelencia, vale decir, como él afectuosamente la denomina, la antigua prudencia en su genuino sentido: «la sabiduría práctica en el grado supremo [...] esa virtud gracias a la cual un ser humano denodado realiza un acto infalible de decisión». Virtud ésta que conduce a la recta determinación intelectual de las acciones que han de hacerse, «como el arte, por el contrario, es la recta determinación intelectual de las obras que han de producirse»: así lo enseña el maestro francés en su discurso acerca de la responsabilidad del artista.

EL ORDEN Y EL ESTUDIO

Hemos considerado tantas veces, para nuestro solaz, la manera profunda y constante con que don Miguel de Cervantes ataba a esa virtud de la prudencia, que él llama, siguiendo una tradición también constante, la virtud de la discreción, y que el autor de Don Quijote señala como el mayor entre los demás dones excelentes que, pese a sus miserias y desvaríos, es dado recibir al hombre en su misma naturaleza. La preocupación constante de ese maestro inmortal, en todas sus obras, no es otra, en el fondo, que aleccionar a los hombres acerca del modo de conquistar ese tesoro.

Hay que volver a las enseñanzas de la *Ética a Nicómaco* y de la *Política*, y a los demás lu-

gares donde Aristóteles ilustró para siempre a las inteligencias en esos mismos puntos que el Espíritu Santo había señalado al excelso autor del *Libro de la Sabiduría*, y a los de los restantes libros sapienciales de la Sagrada Escritura, sobre el tema de la prudencia, de la discreción. Como con tanta claridad expone Etienne Gilson, en su opúsculo sobre Santo Tomás de Aquino, tal virtud está integrada por otras de las mal llamadas virtudes menores, y precisamente empieza por el *orden* y por el *estudio*, que no sólo hacen posible el progreso en el camino de la sabiduría, sino que abren su puerta. Era el mismo piadoso Angel de la Escuela, quien todos los días al empezar a estudiar, pedía a la Sapiencia Divina, a quien alababa como a Sumo Ordenador, por haber «dispuesto con tanta belleza las partes del Universo», que le diera «la penetración para comprender, la capacidad de retener, la manera y facilidad para estudiar, la sutileza para interpretar y una gracia abundante para hablar».

Me pregunto si, en nuestros tiempos, no serán precisamente esas necesarias condiciones previas de la sabiduría —el orden y el estudio— los puntos en que mayormente se ha empobrecido la institución universitaria. Y, sin embargo, no se ignora cuántas consideraciones profundísimas han dedicado al orden los más sabios maestros de la humanidad, en su doble aspecto de *orden interior*, orden de las ideas y de los afectos, y *orden externo*, que no sólo es fruto de aquel orden interior, sino que lo reproduce plásticamente.

Ni tampoco se ignoran en la teoría las excelencias del estudio. Pero tal vez, como en las antiguas épocas del hedonismo ilustrado, contemplar la belleza de la virtud se ha convertido para muchos inteligentes en tentación sensual y en física parálisis; esto es, no les ha servido para abrazar en la práctica aquellas virtudes, con todo el esfuerzo y el sacrificio que comportan. Y a un grado más bajo que el hedonismo ilustrado de Epicuro se ha descendido en la medio-

cridad que trae consigo el aburguesamiento de las inteligencias: «Nuestros graduados universitarios», decía Robert Hutchins, rector de la Universidad de Chicago, «tienen mucha más información y mucha menor comprensión que los de la época colonial». Quiera Dios que no ocurra lo mismo con los graduados nuestros. Por lo menos tratemos de inculcarles, sin cansarnos, que el estudio de las Humanidades propicia el desarrollo de la prudencia, del hábito discrecional, sin el que sería imposible penetrar en la verdadera vida intelectual, sin la que tendrían que renunciar a poseer verdadera comprensión del mundo y del hombre, de la historia y del futuro.

LAS REGLAS DE ENSEÑANZA

Noche y día, imitad los modelos de la Gracia, amonestaba Horacio Quinto Flaco a sus discípulos. Desde entonces, ya se buscaba la formación humanística en la lectura de los clásicos de todas las épocas. ¿Y quién dudará de que con ello tuvo que ver no poco el éxito cultural del helenismo? Y es que los clásicos, sobre todo, nos ayudan a conseguir esa mayor capacidad de comprensión que echaba en falta Hutchins en los universitarios norteamericanos de 1940. Leer a los clásicos es la regla de oro de la formación en las Humanidades.

Pero no existen, en este terreno, reglas distintas de las que todo buen maestro sigue para impartir educación de cualquier género a discípulos bien dispuestos. Si repasamos las que prescribió Maritain a los educadores, no desdeñaremos aplicarlas a nuestro cometido con las Humanidades: «Con toda seguridad –escribía el filósofo–, la regla primaria y primera es fomentar aquellas disposiciones fundamentales que capacitan para crecer en la vida de la inteligencia». Porque «dar aliento es tan fundamental y necesario, como dañina es la humillación». Nadie

duda de que «el arte verdadero es hacer que el alumno se dé cuenta de sus propios recursos y potencialidades para la belleza del bien obrar». De esto hace parte *dar sabias lecturas a sus alumnos*, dirigirlos, si fuere el caso, y comentárselas y hacer que ellos mismos las comenten. Ése será camino luminoso para su buena educación humanística. ¡Cómo olvidar la lección de Thomas Mann, cuando respondía a sus estudiantes, ávidos de consignas para mejorar su formación! Nada novedoso decíales en respuesta, más que: *¡hay que leer a Goethe, hay que leer a Goethe!* Era ése el mismo cuadro maravilloso que nos dejó trazado Victorino Lastarria, en recuerdo de las lecciones que recibió de aquél venerado maestro caraqueño, a quien hemos citado ya varias veces, y a quien seguimos citando sin remedio. Los discípulos de Bello –nos narra Lastarria– salían diariamente de su aula «a defender las ideas y el método del maestro, y éste no descuidaba de estimular a los que ya eran profesores de los colegios de Santiago, a que propagasen el estudio de la Lengua y de la Literatura». Dice también que Bello «nunca explicaba, sólo conversaba, principiando por exponer una cuestión para hacer discurrir sobre ella a sus discípulos». Dice que el aula era su escogida biblioteca. Dice que todas las consultas de autores se hacían por sus alumnos bajo la dirección del maestro.

CENTRAR LA ATENCIÓN EN LAS PROFUNDIDADES INTERIORES

La segunda regla de Maritain para impartir una buena enseñanza más parece el programa de vida propio de un místico o de un poeta, y es que él reunía ambas condiciones. Por eso manda *centrar la atención en las profundidades interiores de la personalidad y en su dinamismo espiritual*: «ni mayores facilidades materiales, ni mayor abundancia de métodos, información y erudición, son lo más importante: lo realmente

importante es el despertar de los recursos interiores y de la creatividad», pues, al fin, *lo más importante en la vida de la razón es la visión intelectual o intuición.*

Yo creo ver muy claro que de nuevo Maritain nos invita a que no desdeñemos dirigir a nuestros alumnos hacia la lectura adecuada, camino de las reflexiones adecuadas. Nuestro deber es siempre ayudarles a despertar, a abrir los ojos a la visión intelectual o intuición, y «no hay entrenamiento o aprendizaje para ello». Pero «si el maestro se fija sobre todo en el centro de vitalidad interior que bulle en las profundidades preconscientes de la vida de la inteligencia, será capaz de centrar la adquisición de conocimientos y la sólida formación de la mente, en la liberación del poder intuitivo».

Aquí procederá el maestro a propiciar la formación de la memoria y del propio dominio que debe lograr su discípulo como condición necesaria para aprovechar satisfactoriamente los aduados esfuerzos. Y comprobará que realmente avance su pupilo «por los senderos del interés espontáneo y de la curiosidad natural, afinando el ejercicio de la memoria sobre la base de la inteligencia». Y deberá darle coraje, y escucharlo mucho, y ayudarle a que confíe en su propia potencia creativa, y a que la actúe: *esos impulsos poéticos y congnotivos espontáneos*, que quizás le parezcan *frágiles y ridículos* «porque no están establecidos por ninguna convención social; y de hecho, cualquier mal gesto, o gesto de rechazo, o consejo inoportuno de parte del maestro, puede aplastar esos tímidos brotes y empujarlos de nuevo dentro de la concha del inconsciente».

LA UNIDAD Y LA LIBERTAD

Ante todo, «la obra entera de la educación y la enseñanza debe tender a unificar y no a dispersar; debe esforzarse por fomentar en el hom-

bre la unidad interior». Es éste el tercer precepto de Maritain. Y nos recuerda lo que don Andrés Bello había observado: *que todas las verdades se tocan*, «pues todas las facultades humanas forman un sistema, aunque no puede haber regularidad y armonía sin el concurso de cada una». Cuánta sabiduría encontramos en la palabra del maestro caraqueño, cuando afirma: *«No se puede paralizar una fibra [...] una sola fibra del alma, sin que todas las otras se enfermen».*

TALENTO Y LIBERTAD

Por otra parte ha señalado Maritain, en su cuarta regla, la necesidad de que la enseñanza *libere la inteligencia en lugar de abrumarla*. Es un precepto divino, en el fondo, porque la libertad es el mayor don que Dios hizo al hombre, en el orden natural; y aún en el sobrenatural, si consideramos que Cristo es el libertador del hombre. Es necesario que la enseñanza, en palabras de Maritain, «tenga por resultado la liberación de la mente mediante el dominio de la razón sobre las cosas aprendidas».

Es el método de la sabiduría, si es que la sabiduría tiene un método y no es ella misma su método. Es el resultado del triunfo del conocimiento de la verdad, del conocimiento verdadero sobre la ignorancia. Era precisamente el inspirador de nuestra universidad, su verdadero fundador quien nos recordaba constantemente que el principal enemigo de los hombres no era otro que la ignorancia. Esta enseñanza constante de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer encuentra sus raíces en la revelación escriturística, y claramente también en la revelación natural, cimiento de los principios filosóficos y pedagógicos de la civilización cristiana. En nuestro oficio de profesores de Humanidades, no desdeñamos proclamar, cuantas veces sea necesario, que Cristo es la Verdad, y que su Iglesia, depositaria de esa Verdad, la ha difundido y

la difunde perpetuamente entre los hombres, operando de este modo la liberación de las mentes y de las conciencias.

VAMOS TRAS LOS MAESTROS

Esa lucha de cada día, contra el error y la ignorancia, muestra el real dinamismo de la educación superior, y está bien significada como una aventura en busca de los maestros. Así como el suelo necesita quienes lo cultiven –nos enseña Leo Strauss–, *la mente necesita maestros*. Por eso recuerda que la educación humanística consiste precisamente en oír «la conversación entre los más grandes maestros». Pero es del caso considerar, en la misma lección de Strauss, *que los más grandes talentos monologan*, y somos precisamente nosotros, los profesores, los instrumentos para transformar aquellos *monólogos en un diálogo*: «la educación humanística, que consiste en un constante tratamiento con los más grandes talentos, es un entrenamiento en la más alta forma de modestia, por no decir que humildad». Pero es al mismo tiempo ejercicio de firmeza, porque «nos exige romper completamente con el ruido, la prisa, el atolondramiento, la baratura de la feria de vanidad de los intelectuales, así como de sus amigos». Y nos anima Strauss, a tomar la resolución de considerar «las teorías en boga como meras opiniones» o, lo que es lo mismo, a considerar «las opiniones generalizadas como opiniones extremas, que es probable que sean, por lo menos, tan erróneas como las opiniones más extrañas o menos populares».

LIBERARNOS DE LO VULGAR

Por fuerza, la educación superior será siempre propia de la *élite* de la inteligencia, porque sólo la *élite* está *dotada* por la naturaleza para realizar los ascensos y los descensos en esta aventura maravillosa de ir tras los grandes ma-

estros. Y esa *élite* opera el prodigio, a la postre de hacer llegar a todos los hombres las conquistas de la sabiduría.

Nos enseña Strauss que la educación humanística es *una liberación de la vulgaridad*: «Lo griegos tienen una bella palabra para expresa vulgaridad: ellos la llamaron *apeirokalia*, falta de experiencia en las cosas bellas. La educación humanística, por lo tanto, nos proporciona experiencia en las cosas bellas».

Muchos años antes de que Strauss nos golpeará el alma con estos rayos de su elocuencia José Restrepo Jaramillo, el gran novelista antioqueño, había escrito que *la vulgaridad es e castigo para quienes no pudieron aprender filosofía*. Y es que las ciencias y la literatura, como nos enseña el señor Bello, «llevan en sí la recompensa de los trabajos y vigilias que se les consagran». Y no habla precisamente «de la gloria que ilustra las grandes conquistas científicas», ni habla «de la aureola de inmortalidad que corona las obras del genio», porque sabe bien que «a pocos es permitido expresarlas». No habla de esas glorias como recompensa del estudio de las humanidades, sino de los *placeres que esos estudios nos procuran*, a todos los que incurrimos en ellos, pues para el entendimiento, y para las otras facultades humanas, «la actividad es en sí misma un placer. Placer que, como dice Thomas Brown, sacude de nosotros aquella inercia a que de otro modo nos entregaríamos».

LA FUENTE DE LA VIDA INTELECTUAL

De este modo, aprendimos que la vida intelectual se hace posible mediante el estudio de las Humanidades; lo que nos permite, a la vez, tener la aventura de roturar otros campos, y precisamente los de la acción: las ciencias y la literatura nos abren caminos, nos muestran «perspectivas encantadas», nos descubren «el

tipo ideal de la belleza», que hace «estremecer deliciosamente el corazón humano, creado para admirarla y sentirla». Ésos son los caminos, las sendas que abren al *entendimiento cultivado* las humanidades; y «el entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditación las voces del coro de la naturaleza».

En una especie de sinfonía sublime, la consideración de estas realidades eleva el alma de don Andrés Bello a los mundos del espíritu, y parece escucharse aquella música divina que nos recuerda que «las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral». Y, además, «debilitan el poderío de las seducciones sensuales». Y «desarman de la mayor parte de sus temores a las vicisitudes de la fortuna», porque son exactamente «el mejor preparativo para la hora de la desgracia».

AL PIE DEL CADALSO ENSAYO MI LIRA

Como un compendio, y como una mayor elevación, considerado ya el contraste de las

luzes y sombras de la vida humana, advertimos, con el maestro de América, que las Humanidades tienen también la práctica misión de hacer más vivibles nuestras vidas, a la hora de los naturales derrumbamientos, porque «llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso».

Bello nos invita a contemplar un ejemplo sublime, comparable a las conversaciones que precedieron en Atenas a la muerte de Sócrates. Eran las vísperas del 9 Termidor, cuando la última honrada del régimen del terror se preparaba a ser conducida a la guillotina. En un grabado antiguo se recordó para siempre la escena. En medio de aquellas almas reciamente nobles, y ya muy purificadas por el sufrimiento, alumbraba para siempre la presencia del poeta, que centra la escena. Es «André Chenier aguardando por instantes la muerte», que «escribe sus últimos versos, que deja incompletos para marchar al patíbulo»:

*Como el rayo postrero,
Como el último viento que anima
El final de un bello día,
Al pie del cadalso ensayo mi lira. ■*